

José Manuel CABIEDAS, *Antropología de la vocación cristiana. De persona a persona*, Salamanca: Sígueme («Colección Lux Mundi», 101), 2019, 269 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-301-2021-5.

Si otros textos han puesto el acento en distintas dimensiones del ser humano, este manual de antropología cristiana aparece centrado en la apertura del hombre a una llamada, y al carácter personal de Dios (y de su acto creador) como donación. La intención del libro se halla en continuidad con la tarea del Concilio Vaticano II. En efecto, para esta obra vale lo que su autor afirma a propósito de *Gaudium et Spes*: «el Concilio prefiere proponer a la luz de la persona de Cristo una antropología integral, mediante la cual la Iglesia legitima su voz en medio de la sociedad plural del mundo presente» (p. 183); o, como indicaba de Lubac sobre el mismo documento, se trata de una propuesta que «relaciona entre sí, sin confundirlas, una hermenéutica del mensaje bíblico y una hermenéutica de la existencia humana» (*ibid.*). Desde esta perspectiva se comprende en buena medida la estructura del libro, dividido en cinco capítulos.

El primero de ellos consiste en una exploración de algunos modelos insuficientes, tanto en el estudio del hombre como en el de Dios. En cuanto a lo primero, se afirma la necesidad de atender a «todo el hombre», biología y conciencia, determinación y apertura. En cuanto a lo segundo, se señala el riesgo de caer en el dios abstracto de los filósofos y se constata la necesidad de recuperar la dimensión bíblica de la comunicación personal. Así, se puede afirmar que esta es la cuestión fundamental «que están llamadas a considerar hoy (de nuevo) tanto la razón filosófica como la conciencia creyente: *la cuestión del otro*» (p. 55).

El capítulo segundo es un largo diálogo con la filosofía de Heidegger, cuyo estudio del *Dasein* permite una consideración del existente como abierto. En particular se estudia con detenimiento la concepción heideggeriana de la conciencia, una conciencia existencial más que moral, como llamada a una vida auténtica. Se abre ahí una salida al solipsismo: «Si la voz es llamante, como tal, no puede ser sinónimo de un simple ruido inconsciente, como tampoco el eco de sí mismo». Y a continuación, adelantando un poco la solución que propondrá, señala el autor: «La “lógica del don” que evoca la voz no puede tener su origen en un *ello*, sino en un *alguien* capaz de *logos*, capaz de llamada» (p. 83).

La culminación de la parte más filosófica del volumen llega en el tercer capítulo: «Hacia una ontología de la alteridad» (pp. 87-136). En la transición entre el segundo capítulo y este, juega un papel importante el pensamiento de María Zambrano, que sin duda puede enriquecer muchos aspectos de la visión cristiana del hombre, en diálogo con el pensamiento de raíz moderna. El grueso del capítulo, sin embargo, tiene cuatro protagonistas: Ricoeur, el par Buber-Levinas y J.-L. Marion (en debate, lógicamente, con J. Derrida). Como se ve, se trata de autores que, partiendo de la tradición continental, suponen una afirmación rotunda y consistente de la alteridad como elemento constitutivo de la persona y de su tarea de llegar a ser. Con este *último humanismo*, que centra su interés en la alteridad y la donación, ha dialogado la teología cristiana (p. 133). Es ciertamente en ese marco donde puede resultar significativo el misterio de Cristo para la comprensión de la realidad humana.

No por casualidad, el cuarto es el capítulo más largo. Tras haber mostrado el punto de conexión con las inquietudes del pensamiento contemporáneo, en sus más de sesenta páginas, el autor plantea la propuesta cristiana para la comprensión del hombre. Primero, repropone la exposición cristiana partiendo de la «imagen y semejanza» del Génesis y asumiendo una visión contemporánea del debate entre natural y sobrenatural. Trata así de exponer una *antropología para Dios* (es el título de la sección). Después, cumple la tarea complementaria de ofrecer una *teología para el hombre*, en una reflexión que es «un bosquejo sin pretensión de exhaustividad: el *anuncio* de una antropología teológica elaborada desde la perspectiva vocacional» (p. 155). El misterio de la Trinidad y la autocomunicación en Cristo que abre al hombre la relación filial con Dios iluminan ciertos aspectos centrales de la antropología cristiana. En primer lugar, la intimidad trinitaria del Dios que es amor permite comprender en toda su hondura la llamada al amor como plenitud de vida; o, en palabras del autor, que «la vocación de la vida personal humana a su *poder ser más propio* no es fruto de la pro-vocación de un extraño que llega desde fuera, como tampoco es consecuencia del azar menesteroso de su condición histórica (pecado), sino connatural a la quintaesencia de la *alteridad* que caracteriza la identidad del ser personal: que se autorreconoce como fruto del amor y es capaz de amar en libertad, arriesgando lo propio en la conversión al otro» (p. 160). Después, desde el misterio de Cristo se presenta la elección y predestinación como referida «fundamentalmente a la tensión escatológica que anida en la vocación constitutiva de toda la realidad y, particularmente, de todo ser humano, como *imagen* pre-elegida-destinada en Cristo a la mayor *se-*

mejanza divina» (pp. 172-173). La elección, que en el Antiguo Testamento se había revelado ya como una liberación, ofrece en Cristo su verdad última: «el contenido y objetivo de la *predestinación* se identifica con la *filiación*» (p. 173). En último término, de lo que se trata es de recuperar la relacionalidad como rasgo constitutivo del ser personal, y no solo en su dimensión horizontal, sino también –y sobre todo– en la vertical. Para el autor, ese es el principal logro del Vaticano II, después de muchos siglos en que se había caído en una consideración de lo real como naturaleza (en el sentido de «no originariamente *in relatio* como el sujeto divino de lo personal») (p. 179). La última parte del capítulo presenta las dimensiones del existir cristiano –naturaleza, gracia y gloria– en términos relacionales, de alteridad y donación. La redención consiste, entonces, en la plenitud de la vocación personal, que es a la vez plena humanización y plena divinización, en la total donación de sí que es propia del amor.

El quinto y último capítulo «selecciona tres notas básicas de la experiencia humana (nacer, morir, ser cuerpo), para ofrecer una lectura teológica de las mismas que responde al interés por una teología *pastoral* de la vocación» (p. 199). El texto es una larga reflexión que intenta desarrollar las virtualidades de una intuición fundamental: la idea de que la antropología teológica «puede recabar la *filiabilidad* como horizonte específico desde el que la confesión de la fe permite releer y profundizar en las adquisiciones de la antropología filosófica contemporánea en torno a la identidad personal de la vida humana» (p. 204). La *filiabilidad* conlleva, a imagen de Jesucristo, reconocer el propio origen en el amor (cobra así importancia «el existencial del nacimiento, tan olvidado por el existencialismo») (p. 227), y proyectar la vida propia como amor. Lo que se propone es una *nueva vida*, un *nuevo nacimiento*, que consiste en un vivir abierto, donal, contrapuesto a la existencia encerrada en sí misma. En este sentido se entiende también la «la carne», rechazada por san Pablo, como «posibilidad de anteponer la propia voluntad a la de Dios» (p. 222). Para el autor, promover una auténtica *cultura de la vocación* pasa por recuperar la conciencia del propio origen no en una instancia causal, sino en «una donación u otorgamiento radical» (p. 239); precisamente por saberse «fruto de un acto de donación», el ser humano «a su vez se dona» (p. 240).

Como se ve, se trata de un volumen que se presenta en una colección de manuales, pero no es un manual al uso. Tiene mucho de monografía y de ensayo: tanto en la parte de exposición y diálogo de la filosofía que se considera más relevante para la comprensión del hombre, como en el modo de proponer el mensaje cristiano sobre el ser humano. Es ciertamente discutible, como

no puede ser de otro modo, la selección de autores que se ha hecho. Así, por ejemplo, para responder a la invitación que contiene la breve conclusión del libro (sobre la respuesta que hay que dar a la *necesidad del alma* y sobre «la vocación del hombre como apertura al centro») (p. 242) tal vez tendría interés explorar la propuesta de R. Guardini, que tantas veces habló del «centro personal» y que concebía la creación de la persona como llamada. Otros lectores tal vez consideren que acudir a la filosofía de autores postcristianos –y estrechamente ligados al cristianismo– puede suponer ciertas limitaciones a la hora de presentar en todo su alcance una antropología cristiana. Por otra parte, exigiría también un cierto desarrollo la concepción que tiene el autor del pecado, tanto del pecado original y sus heridas, como del pecado personal. En distintos momentos de la exposición insiste en que no puede reducirse la antropología cristiana a una respuesta al pecado; sin embargo, tampoco puede este obviarse sin más. Se trata de objeciones válidas que, sin embargo, exigirían una respuesta que hubiera excedido en mucho los límites de este volumen, y que tal vez hubiera restado fuerza a la propuesta en su especificidad. Tal vez puedan ser objeto de reflexiones futuras.

Lucas BUCH

RESEÑAS

